

Batallas del alma

El ilustre Fá-Lhá-Mhi, uno de los jueces más sabios y mejor reputados de Pekín, hallábase una noche en su gabinete examinando á través de los cristales de sus anteojos, los voluminosos autos del juicio civil ordinario, pendiente entre Tcheon-Sing y Lao-Lang.



Juicio altamente interesante por la naturaleza de las cuestiones jurídicas debatidas é importantísimo por la cuantía de los bienes disputados.

Habia ya casi vencido el plazo impuesto por la ley al juez para dictar sentencia y el digno funcionario se veía negro para hacerlo de una manera que estuviese conforme á derecho y á justicia.

Problema difícilísimo de resolver porque si por una parte,

y después de bien meditado el asunto, parecía desprenderse de las fojas del proceso que Tcheon-Sing tenía toda la razón, por otra parte, y teniendo en consideración ciertas circunstancias legales, resultaba casi demostrado que á Lao-Lang le asistía mejor derecho. Y si de los textos legales invocados, los unos se ponían abiertamente del lado del actor, los otros, en cambio, favorecían con perfecta claridad al demandado.

De ahí que Fá-Lhá-Mhi, presa de la mayor perplejidad, no supiese qué hacerse en tan delicado conflicto. Después de concienzudo examen y maduras reflexiones, pensó en salir del paso fallando en favor del litigante que tuviese mayores y más influyentes recomendaciones: sistema muy utilizado en China... y hasta fuera de la China. Pero tras un minucioso cómputo, resultó evidentísimo á los ojos del juez que no había medio de poner las cosas en claro. Las influencias terciadas en pro de una y de otra parte, se balanceaban con admirable equilibrio, así por la cantidad como por la calidad. Así el demandante como el convenido, habían apelado á todos los recursos que brinda el arte de la recomendación y al pobre magistrado le hubiese sido imposible discernir cuál de los dos contrincantes venía más eficaz y calurosamente apoyado.

En tal incertidumbre, se le ocurrió una idea que, además de ingeniosa, revelaba un espíritu equitativo é imparcial: la de echar suertes... «Si es cara...—se dijo, sacando una moneda de plata de su bolsillo,—fallaré en favor de Tcheon-Sing; si es cruz, en favor de Lao-Lang.

Iba á echar la moneda al aire, cuando un criado, después de llamar suavemente á la puerta con los nudillos, penetró en el despacho para decir á Su Excelencia que un personaje principal, á juzgar por su palanquín y por su traje, deseaba hablar con el señor Juez.

—Que pase,—dijo éste.

* * *

Entró á los pocos segundos un hombre que, á juzgar por su gordura, su empaque y su vestimenta, debía ser realmente persona de importancia. El magistrado la reconoció al punto: era el mismo Tcheon-Sing.

El cual, tras las ceremonias de rúbrica y después de asegurar que su corazón se estremecía de alegría y su alma se bañaba en indecible júbilo al contemplar la faz rubicunda del ilustre Fá-Lhá-Mhi, indicio seguro de una salud robusta y de un espíritu tranquilo, inició un elocuente discurso, desarrollando los siguientes extremos:

Primero. — Que la vida tiene enormes necesidades á que no puede siempre atender convenientemente el hombre de ciencia, que se pasa los días en el tribunal y las noches en su gabinete, estudiando y aplicando el derecho.

Segundo.—Que el Estado Chino no pagaba como debiera á funcionarios tan celosos, tan inteligentes, tan probos, como el eminente magistrado ante quien tenía el honor de hablar.

Tercero. — Que á él, Tcheon-Ling, le asistía toda la razón en el pleito que venía sosteniendo, en tanto que Lao-Lang no podía invocar ni la sombra de un derecho.

Cuarto. — Que siendo el reconocimiento de la razón y el triunfo de la justicia un verdadero mérito para el juez que proclama la una y abre ancho paso á la otra, y siendo en todas ocasiones el mérito acreedor á alta recompensa, estaba él, Tcheon-Ling, dispuesto á entregar 500 monedas de oro al dignísimo funcionario que etc., etc., etc.

Pronunciado este sugestivo discurso, se retiró el visitante, no sin ceremoniosas fórmulas de despedida y etiqueteras reverencias, á que correspondió como debía el magistrado.

—Pues señor, — se dijo éste al quedarse solo, — Tcheon-Sing es verdaderamente un hombre encantador, de mucho talento y mucho tacto; se explica muy bien... y me ha sacado de dudas. Es indudable que la razón está de su parte.

Iba á coger una pluma para empezar á extender la minuta de la sentencia, cuando su fiel servidor entró de nuevo en el despacho y en voz queda anunció que una dama cuyas facciones tapaba un tupido velo, pero que por sus vestidos y la suavidad de sus perfumes, revelaba una mujer distinguida, insistía por obtener audiencia.

—Que pase...—ordenó Fá-Lhá-Mhi.

*
**

La dama se quitó el velo al entrar en el gabinete y el juez se quedó deslumbrado. Jamás había visto una hermosura tan fresca, tan gallarda, tan incitante.

—¿En qué puedo servirlos, señora?—interrogó el funcionario con toda la complaciente amabilidad de que era capaz, después de brindar un asiento á la desconocida.

Entonces ésta, con voz dulce, musical, expuso que era la esposa de Lao-Lang. Que su marido vivía en la más continua zozobra desde que supo que el pleito estaba á punto de fallarse; que por convencido que estuviese de la perfecta bondad de su derecho y de la reconocida rectitud del juez, no gozaba de un momento de reposo; y que ella había tenido, en vista de ello, la inspiración y la osadía de ir á molestar la atención del ilustre

Fá-Lhá-Mhi, para suplicarle que con un fallo pronto y favorable devolviese al atribulado Lao-Lang la paz del espíritu y la salud del cuerpo.

Y como el magistrado, cuyos ojos lucían como ascuas tras los cristales de sus gafas, se arriesgara á preguntar con acento tembloroso si... si ella estaba dispuesta á coadyuvar con... con su amabilidad, al feliz término del litigio, repuso la hermosa Lis, bajando pudorosamente la mirada, que una mujer de su casa debe estar siempre pronta á sacrificarse en aras de la tranquilidad y del bienestar de su marido.

Luego se retiró, enviando en el momento de atravesar el dintel, una sonrisa que atravesó de parte á parte al pobre representante de la administración de justicia.

*
**

En el ánimo del cual se trabó desde aquel punto una lucha pavorosa: una nueva y terrible duda cuyos orígenes no residían ya en las fuentes del derecho.

Al sabio doctor no le atormentaba ya la incertidumbre jurídica; lo que le volvía memo, era el no saber por qué decidirse: si por las quinientas monedas de oro que le ofrecía Tcheon-Sing, ó por los hechizos que le brindaba la mujer de Lao-Lang. Si el áureo metal tenía para él indecibles



atractivos, la belleza femenil le seducía con poderoso encanto. Y no sabiendo qué escoger, pasaba el infortunado juez los días y las noches batallando consigo mismo; perdía el sueño y perdía el apetito; poníase flaco, poníase amarillo; sus colegas y sus amigos le miraban con extrañeza y compasión, meneando la cabeza, y á todo eso, el pleito, naturalmente, seguía sin fallar.

*
**

Una mañana que Fá-Lhá-Mhi aparecía más mustio que nunca, entró en su despacho el escribano Nin-Sú.

Nin-Sú traía dos cosas: un rostro alborozado y un escrito en la mano.

—¡Albricias! — exclamó. — ¡Regocíjate insigne dispensador de la ley!... Ya no tienes



que atormentarte más por ese maldito negocio que de tal modo ponía en horrible duda tu honrada conciencia. El pleito entre Tcheon-Sing y Lao-Lang está ya terminado.

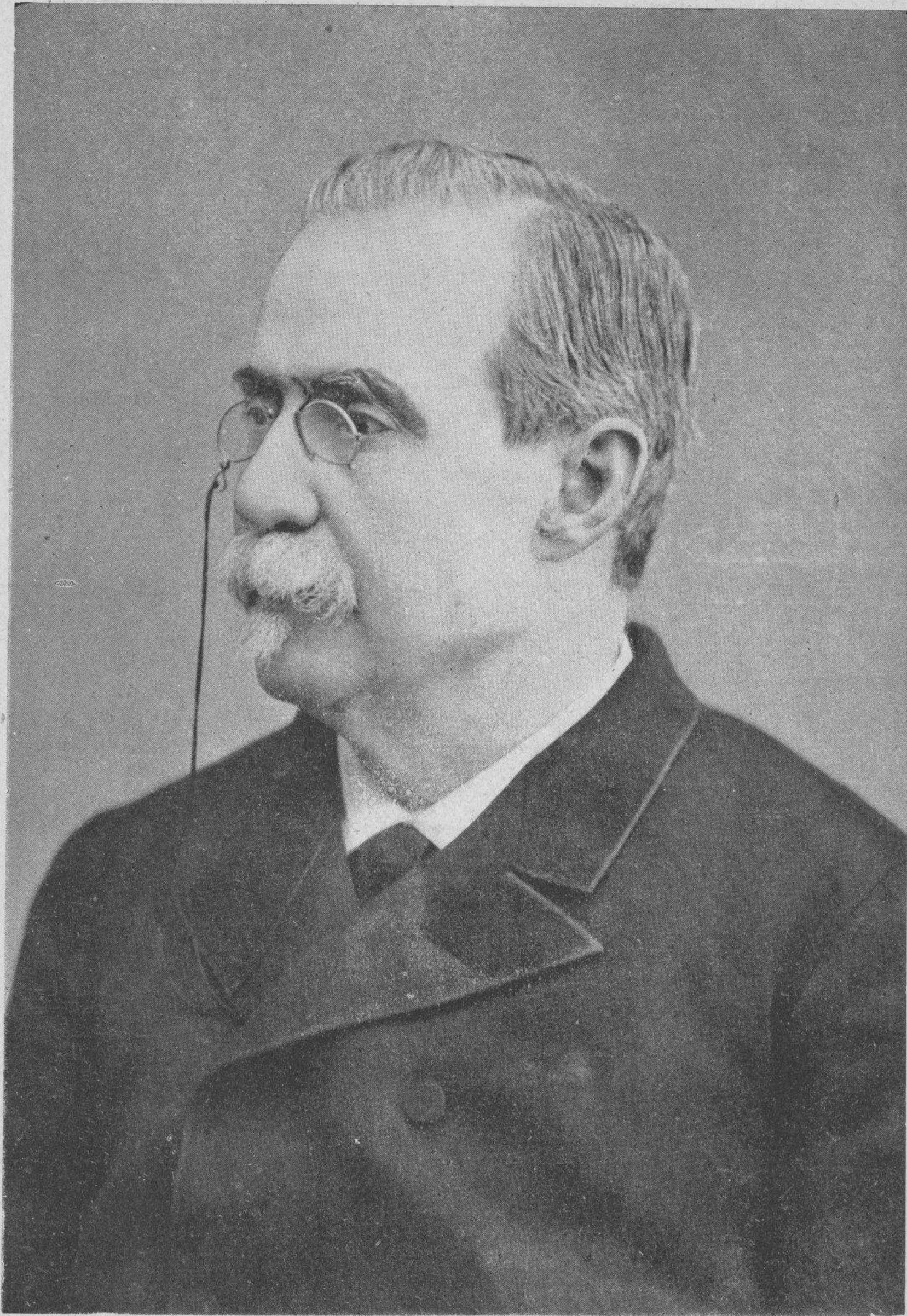
—¿Qué quieres decir?—gritó el magistrado pegando un brinco.

—Quiero decir que las dos partes han transigido. Aquí tienes el escrito de transacción presentado por los litigantes.

*
**

Aquella misma tarde Fá-Lhá-Mhi era conducido á un manicomio.

JUAN BUSCÓN.



D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

Jefe del Gobierno español, inicuaente asesinado el día 8 del corriente

Una carta

Á MI QUERIDO AMIGO EL EXCMO. SR. D. GONZALO SEGOVIA Y ARDIZONTE.—SEVILLA

Brindando por España, que aun doliente sabe excitar el interés de Europa si la hiere en su honor extraña gente, apuramos ayer la última copa de aquel Jerez que, como siempre amable, me ofreciste y mandaste á quema ropa. ¡Oh! ¡cuánto la fortuna es deleznable! ¡Cuán poco, aunque se goce con mesura, subsiste lo que hallamos agradable! La juventud, el vino, la hermosura, el frac, las amistades, el dinero, todo naufraga en la corriente oscura de ese mar impetuoso y traicionero donde, sin rumbo y al azar, bogamos juguetes del destino y del casero. En ese abismo, en el que todos damos, dió también tu Jerez, ¡Dios lo bendiga, y al amo, y á los hijos de los amos! Aun sueño verle, rubio cual la espiga (conste que aludo al vino), en esas horas en que, libre de pena y de fatiga, volando alrededor halagadoras, el espíritu asedian cien visiones, á la par que soñadas, seductoras. Transportado por él á otras regiones, á los bordes del vaso se asomaba el tropel de mis muertas ilusiones, y el néctar exquisito que apuraba, más que con su poder, con el recuerdo de perdidos placeres me embriagaba. No es tu vino, por tanto, lo que pierdo; es mi felicidad, caro Gonzalo, que loco desprecié y estimo cuerdo. Así, pues, si te mueve la que exhalo

doliente queja; si me escuchas pío, mi gratitud duplica y tu regalo. Hazme de aquel Jerez un nuevo envío, y sirva de reclamo ese poema vulgar y triste, y pobre como mío. De afecto puro y de amistad emblema, supriman vino y versos un instante la ausencia larga y la distancia extrema; y yo, la copa al contemplar delante, cual tú mi corazón en la poesía, veré copiado en ámbar tu semblante. Logre disfrutar pronto esta alegría, y al beber ese líquido precioso dorado por el sol de Andalucía, vueltos los ojos á mi hogar dichoso una vez más recordaré la tierra donde espero de Dios dulce reposo. El la libre de pestes y de guerra, y á tí de pesadumbres y dolores, caudal inagotable que en sí encierra, dándote en cambio bienes y favores que poder repartir á cuantos ames, sin que te falten nunca suscritores. Ábranse para tí, siempre que llames, las puertas de la gracia; ricos frutos produzca la semilla que derrames, y sin temor á Césares ni á Brutos años sean tus días de ventura, siendo tus horas de aflicción minutos. Tal mi cariño pide y asegura, por lo cual, y teniendo poco espacio, más hartos que de versos, de escritura, te abraza tu afectísimo

PALACIO.

Alaska

Junto á las costas del Pacífico, una península larga y estrecha, caldeada por el sol que en el Atlántico pone en movimiento la corriente del *Gulf Stream*, abrasando las aguas, árida, casi desprovista de vegetación, cortada por quebradas profundas, estaba poco menos que abandonada, como tierra estéril. Pero así como de la roca calcinada brota el manantial fresquísimo, cuando la vara del Señor la hiere, así como de las salobres aguas del mar desmedido surge la vida cuando la evaporación forma las nubes que riegan el suelo y lo fecundizan, tal como un corazón reseco abriga á veces tesoros de infinita ternura para quién sabe alumbrarlos, así también aquella tierra ingrata guardaba venero inagotable de riqueza.

Un pobre emigrado irlandés, arrojado de su patria por la negra miseria, fué á California, y en las cercanías de lo que es hoy San Francisco, buscaba un rincón de tierra donde pudiera fructificar la semilla dorada, que era su sola esperanza. Largo rato anduvo desde la aldea de la Serena, sin hallar el punto que buscaba. Al fin descubrió, al otro lado de un torrente profundo, una extensa pradera. Para llegar á ella, tuvo que bajar al torrente. Al estar en el fondo de éste, notó que en un recodo había un montón de piedras negruzcas, que brillaban á trechos, como si contuvieran pirita de hierro. Miró mejor. Las piedras eran rico cuarzo aurífero. Recogió, sin trabajo, gran número de pepitas; las metió en el saco del trigo; dejó que éste se perdiera al azar, y regresó á la ciudad más próxima. Vendió el oro, y fué rico. Hizo otra expedición, y recogió triple botín. El miserable, que en Irlanda no podía vivir bajo techado, tuvo un palacio. El Gobierno le otorgó una porción enorme de terreno en California. Al cabo de dos años, había surgido del



suelo, como por encanto, una ciudad con calles tiradas á cordel, preciosos jardines, plazas extensas, teatros, cafés y fondas. Estas eran inmensas é innumerables; lo bastante para albergar una población flotante de 50,000 hombres, que de todas las partes del mundo acudían allí en busca de los famosos *placers*, los más abundantes que se conocieron jamás. En cinco años no quedó un rincón de California inexplorado. La tierra había abierto sus entrañas, y entregado todos los tesoros que contenía. La *golden fever* no hallaba ya pasto en California; pero la multitud humana que á ella había acudido, fertilizó su suelo, levantó ciudades y pueblos, abrió caminos, tendió cintas de hierro, sobre las

BARCELONA EN LA MANO



Aspecto de la Capitanía General en día de besamanos

Fot. A. Merletti

que corrieron las humeantes locomotoras. El desierto estaba poblado. La tierra, exhausta de oro, ofrecía á los colonos su seno siempre fecundo, y en las quebradas donde se había recogido el metal, brotaron las vides cargadas de dorados frutos. La leyenda del oro había terminado; pero la historia del trabajo empezaba.

Después de California, Australia; en pos de ésta el Transvaal; ahora Alaska.

Como California, está Alaska bañada por las olas del Pacífico, que en aquel punto refluían de las costas asiáticas vecinas; como California, es Alaska una tierra ingrata y casi estéril; como ella, punto menos que desconocido en su extensión inmensa, que no mide menos de 1.450,000 kilómetros cuadrados. Pero el clima, con ser tanto ó más riguroso, difiere esencialmente en ambas regiones. En California se huye del sol, en Alaska se busca; allí el calor produce la disentería; aquí el hielo engendra el terrible escorbuto. Llanuras desoladas, rocas que se abren al helarse el agua que se ha filtrado en sus quebradas, barrancos temerosos, abandono y silencio en todas partes. En algunos puntos, infelices pescadores que con ímprobo trabajo arrancan al mar sus habitantes, para venderlos á mísero precio en el Canadá; algunos cazadores, pocos leñadores que cortan los cedros amarillos de tronco secular; he ahí la población de Alaska hasta ahora.

Pero esa tierra tan estéril, guarda montones de oro, que, de liquidarse, realizarían la ficción del Pactolo, corriendo en doradas ondas hacia el centro de las tierras civilizadas, y penetrando, para estancarse allí, dentro de las ciudades, pozos sin fondo que devoran las vidas y absorben, para no devolverlo jamás, lo mejor que la gran madre guardaba en sus entrañas. En esas soledades desoladas, en esas cañadas profundas, entre esas piedras que estallan cuando las heladas, hay el germen de mil fortunas. El oro, señor del mundo, yace allí desde hace siglos. Y al anuncio de tamaña novedad, los hombres se pondrán en marcha, la *golden fever* espolea su ambición, y de todos los puntos del globo salen caravanas para ir á la conquista del nuevo Eldorado. Y cuantos forman parte de ellas, están dispuestos á la lucha, al combate brutal, á la batalla primitiva, cruenta y sin cuartel. ¡Guay del que no tenga firme el brazo y templadas las armas!

A. RIERA.

Mujeres tristes

(MISERIAS DE LA VIDA PARISIENSE)

Hablábamos el otro día de la triste situación de millares de niños en este París, tan dorado por fuera y tan negro por dentro.

Hoy hemos de hablar de la odisea de millares de mujeres bonitas, á quienes no es dado ser virtuosas aunque pongan empeño en serlo. Se dice fácilmente que la virtud es invencible. ¡Ah! en un pueblo como éste, donde todo tiende al perfeccionamiento del vicio, ¡qué difícil es vencer sus mil artes y seducciones! Aun no hace quince días que la Prefectura de Policía ha comenzado á tomar medidas rigurosas contra las agencias de criadas, porque resulta que estas agencias no son sino trampas hábilmente armadas para que caigan en ellas las muchachas que vienen del campo á servir á París, y de las cuales pretende sacar partido la prostitución, espantosamente extendida. Con este motivo, un periódico pide que se apliquen las mismas medidas á las *brasseries* y á las *guanterías*.

Muchos lectores españoles ignoran estos varios aspectos del vicio parisiense.

Nuestra *causerie* de hoy versará sobre tan espinosa materia, que me obligo á tratar con toda mesura.

* * *

—¿La ves?—me decía un amigo la otra noche, mientras al salir de la ópera tomábamos, no recuerdo qué, en el café de la Paz. —¿La ves? — ¡Pues yo la he conocido con zuecos!

Se refería mi amigo á una mujer... ¿qué digo mujer? á una niña de diez y siete á diez y ocho años, que hacía resaltar su hermosura con todos los atractivos que tiene el lujo; pero ese lujo que denuncia desde el primer momento á la mujer de vida airada.

—¿Y qué iba á hacer?—observé yo,—si de seguro habrá pasado todo el *via crucis* de París?

—¡Oh, sí, todo! Quiso ser cocinera, y en la agencia la enviaron á servir á un señor solo, que tenía dado encargo de una niña bonita; entonces pensó en ser dependienta de comercio, y... ya sabes lo que se exige por los dueños ó gerentes de los grandes almacenes;

PLAYAS DE VERANO



La playa de Brest, á la hora del baño

rehusó, y la enviaron á una *brasserie*; esto le dió asco, y la dijeron que poniendo tantas dificultades no hallaría colocación; gastó lo poco que traía del pueblo; llegó á pedir limosna ofreciendo flores; una vendedora de periódicos le alquiló un traje nuevo; la llevaron una noche á un baile, allá al otro lado del Sena, para que vendiese *bouquets* de violetas. Un estudiante la enamoró y se la llevó consigo; de allí salió para el hospital; del hospital fué al *châtelet* á ganar dos francos *nocturnos*, por salir en cueros á mecerse en los aires, al final del baile, en una comedia de magia. En una cena de bailarinas, le hicieron el favor de convidarla; y allí la propuso una *posición* un ruso caprichoso y rico, de cuyo lado se alejó en cuanto tuvo los primeros mil francos. Desde entonces *se estableció*, y comenzó á llamarse *Sara* y á darse tono de judía. Ya la ves, está en moda: «¡Adiós, Sara!»

Y Sara nos saludó con cierta distinción mientras subía á su berlina.

—¡Pues esta muchacha quiso ser honrada!—aseguraba mi amigo.—¡No contó con que aquí... no se puede!

* * *

Y acaso es verdad.

Por muy rica que la Francia sea, no convencerá á nadie de que sus modistas, sus bailarinas, sus actrices, sus mujeres casadas con modestos empleados, pueden andar en la calle con ese lujo, superior á los medios de ostentarlo. Y no es efecto del crédito, ni de la bondad del comercio, no, es un lujo que se paga al contado, pero por todos los medios posibles.

De aquí las mujeres que venden guantes, vestidas de raso, y que cantan coros con brillantes en manos y orejas, y por eso se ve, en fin, á todas horas, en todas partes, tal cantidad de mujeres elegantísimas, que dan envidia á cualquier extranjera rica.

Acaso ninguna de ellas ha podido ser virtuosa. Todo se opone aquí á tal propósito. La inmoralidad está organizada como pueden estarlo el comercio, la industria, la administración pública.

Influye de tal modo en todos, que seis meses de permanencia en esta gran capital tuercen el criterio, modifican los puntos de vista, pervierten el carácter, nos contagian sin que nos demos cuenta.

¿En qué consiste, si no, que la comedia que silbaríamos indignados en Madrid, aquí nos encanta y nos convence?

¿Por qué razón allí amamos á una mujer, y aquí queremos comprarlas á todas?

Un marido, á quien yo conozco, quiso matar á un amigo suyo en Madrid, al sorprenderle besando la mano á su señora.

La otra noche me decía aquí, hablando de un compatriota nuestro:

—¡Qué grosero es! ¡Ni siquiera le ha besado la mano á Anita!

La moda es una ley. Y aquí la moda tiende siempre á la perversión.

Y la perversión atrae.

* * *

Obrera ó sirvienta, la mujer en París ha de contar siempre con la inmensa cantidad de otras como ella que han de impedirle hallar colocación.

Desde luego, si es fea, no debe esperar nada. Hay quien cree que en París sólo hay mujeres bonitas. Error crasísimo. Sólo vemos bonitas, graciosas, distinguidas, en los almacenes, en el *restaurant*, en el Bois, en la escena, en la sala, porque las feas no salen á la calle. ¿A qué?

Siendo bonita, se la exige casi siempre el sacrificio de su dignidad para entrar á formar parte del personal de un gran almacén.

Por cientos se cuentan las que hay en esos grandes centros donde se ha llegado á vender en tales condiciones de baratura, que apenas se comprende.

El ingreso en el Louvre, por ejemplo, es difícilísimo para una mujer. Las solicitudes que *esperan* turno en la Dirección ó en la Secretaría son incalculables.

—«¿De dónde salen tantas *horteras* bonitas?» — me preguntaba una dama española á quien encontré un día allí. — «No *salen* todas— dije; —hay más de mil ocultas esperando vacante».

Y para conseguir una plaza... ya se sabe. El jefe de la sección pide favores que la necesidad fuerza á conceder; y como el salario es exiguo, al anochecer puede observar el curioso la extensa fila de estudiantes, comisionistas, pasantes de abogado, comerciantes de la vecindad, viejos viciosos y toda casta de pájaros, en fin, que están allí esperando oír sonar las ocho, hora en que salen las señoritas del almacén.

Todas van el domingo al campo, alegres, elegantes, acompañadas de su amigo, que suele variar cada mes, según las vicisitudes por que pasa el bolsillo.

* * *

Y éstas son las que pudiéramos llamar honradas.

Son las que prefieren la independencia que da el trabajo; son las que, no por haber



Remojándose el moño

dado el primer paso en la pendiente de esta vida *sui generis*, creen haber perdido todo derecho á la vida de familia, más tarde ó más temprano.

Algunas pasan del *atelier* de una modista ó del *comptoir* del almacén, á los bastidores del teatro.

Estas pertenecen ya á otra categoría más elevada.

¡Bajo el nombre de artista caben tantas variedades de mujeres!

Desde la que hace de figura decorativa en la comedia de magia, hasta la que baila en la ópera, puede calcularse en mil ó mil quinientas la cifra de las mujeres que, ganando de dos á diez francos diarios, son, sin embargo, el encanto de dos ó tres mil solteros, que se encargan de sostener sus pretensiones.

El ideal de este grupo es llegar á formar parte del cuerpo de baile de la Opera.

En París el baile de la Grande Opera tiene más importancia que la Opera misma. De ahí la necesidad de esos grandes bailes en dos actos, que la Dirección pone en escena con lujo verdaderamente asombroso. De ahí la necesidad de un *foyer*, donde los abonados puedan entrar á saludar á sus amigas las bailarinas. Sólo ellos pueden entrar, sólo el abonado á *diario* disfruta de este honor.

Y cada bailarina tiene su círculo de íntimos, y su amante predilecto, y su historia, que no sólo se sabe, sino que se publica.

El *Evenement* ocupó casi una plana entera, hace dos meses, con la historia de cada una de estas diosas del París elegante. ¡Qué detalles había en esta crónica escandalosa! Sería imposible reproducirlos.

¡Sus nombres, sus amantes, sus... alumbramientos!

Y el periódico se agotó aquel día.

* * *

Quisiera yo poder trasladar á los honrados y pacíficos vecinos de Burgos, Soria, Si-güenza ó Calatayud, como en romería, á uno de esos establecimientos llamados *brasse-ries*, donde un público alegre y bullicioso bebe cerveza ó cena, de doce á dos, servido por mujeres.

En algunos de esos cafés, las muchachas están caprichosamente vestidas, según el modelo ideado por Grevin, ó cualquier otro dibujante popular. Un traje lo más aproxima-do á la desnudez. La pierna entera al aire, un jubón apretado, escote sin igual... en una palabra, el traje de una bailarina vestida de hombre.

Estas muchachas no reciben salario alguno. Convienen con el dueño del estableci-miento en pagar lo que tomen en el mostrador; su interés está en vender mucho á los alegres parroquianos, que, sin ocuparse unos de otros, y como si todo lo que allí sucede fuese la cosa más natural del mundo, las sientan sobre sus rodillas, y parten con ellas lo que toman, y les pagan con algún exceso.

El cuadro que un establecimiento de estos ofrece, sería indescriptible. Es la Francia de Sedán olvidando sus penas en una atmósfera que asfixia.

* * *

Y á pesar de esta vida viciosa, hay en ella un fondo de formalidad y de virtud *casera* que se compadece mal con el vicio mismo.

¿Quién pudiera imaginar que el vicio fuese un trabajo como otro cualquiera para ase-gurar la paz de la vejez?

Y, sin embargo, nada más cierto.

No hay más que ir por las mañanas á cualquiera de las cajas de ahorros que el Go-bierno ha establecido en todas las administraciones de Correos.

Al lado del modesto empleado y de la juiciosa obrera, que van á depositar allí el pro-ducto líquido de su trabajo, se ven siempre mujeres bonitas, cuyo aspecto denuncia el género de vida que hacen.

No hace muchos días que, acompañando á un amigo, encontré ocasión de hacer esto.

Una de las mujeres que hacían cola esperando vez para depositar en la Caja postal cien francos que tenía en la mano, era antigua conocida del amigo mío.

—¡Gabriela!—exclamó éste sorprendido de verla.

—¡Hola!

—¿Qué vienes á hacer aquí?

—A traer mis cien francos.

—¿Tus economías?

—Naturalmente.

Y después de varias preguntas nuestras, Gabriela nos expuso todo su plan de ha-cienda.

Con el producto de sus... *galanterías*, ahorra doscientos francos todas las semanas, ó

NAVARRETE



Como empieza...

sean ochocientos rancos al mes, ó, lo que es lo mismo, nueve mil seiscientos francos al año.

Dentro de cuatro años tendré yo treinta y dos—nos decía la preciosa *cocotte*—y poseeré cerca de cuarenta mil francos.

Me iré á mi alegre valle, allá en Saboya, y haré felices á mis padres, pobres campesinos, que me creen modista, y á los cuales les he hecho creer que tengo un *atelier* mio.

Con cuarenta mil francos, encontraré un marido honrado, sencillo, y allí me quedaré, siendo considerada de mis convecinos, y pasando en la tranquilidad del campo el resto de mis días.

¡Oh! ¡Cuántos tomos de reflexiones más ó menos morales pudieran hacerse estudiando este criterio especial de la mujer de París, que funda la paz de su vejez en la explotación de su juvenil hermosura!

EUSEBIO BLASCO.

Noblezas y villanías

I

Jubón acuchillado,
cuello de espuma,
lagarto rojo al pecho,
capa de puntas;
daga de muchos ganchos
á la cintura,
espada en tiros cortos,
castor con pluma,
cierta mañana
por la calle de Francos
un galán baja.

El justillo ceñido,
blancas las tocas,
las medias encarnadas,
la saya corta,
rematando las trenzas
en dos colonias,
por zarzillos corales,
al cuello aljofar,
una villana
por la calle de Francos
tranquila baja.

Requiebro y ternezas,
quejas y celos,
lágrimas y sollozos,
risas y besos,
un «¿serás mi marido?»
y un «lo prometo»
precedido el segundo
de un juramento,
escuchó alguien
que de Francos, ligero,
cruzó la calle.

II

Dicen bien los que dicen
que el importuno,
más tarde ó más temprano
saca mendrugo;
y como aquel que empieza
pidiendo mucho,
si no lo logra todo
algo hace suyo,
cuenta la fama
que algo logró el hidalgo
de la villana.

Y no debió por cierto
ser cosa leve
lo que el feliz amante
debió á su suerte,
puesto que, haciendo al postre
lo que hace siempre
el que, su fin logrado
se va y no vuelve,
la pobre niña,
en lágrimas amargas
trocó sus risas.

III

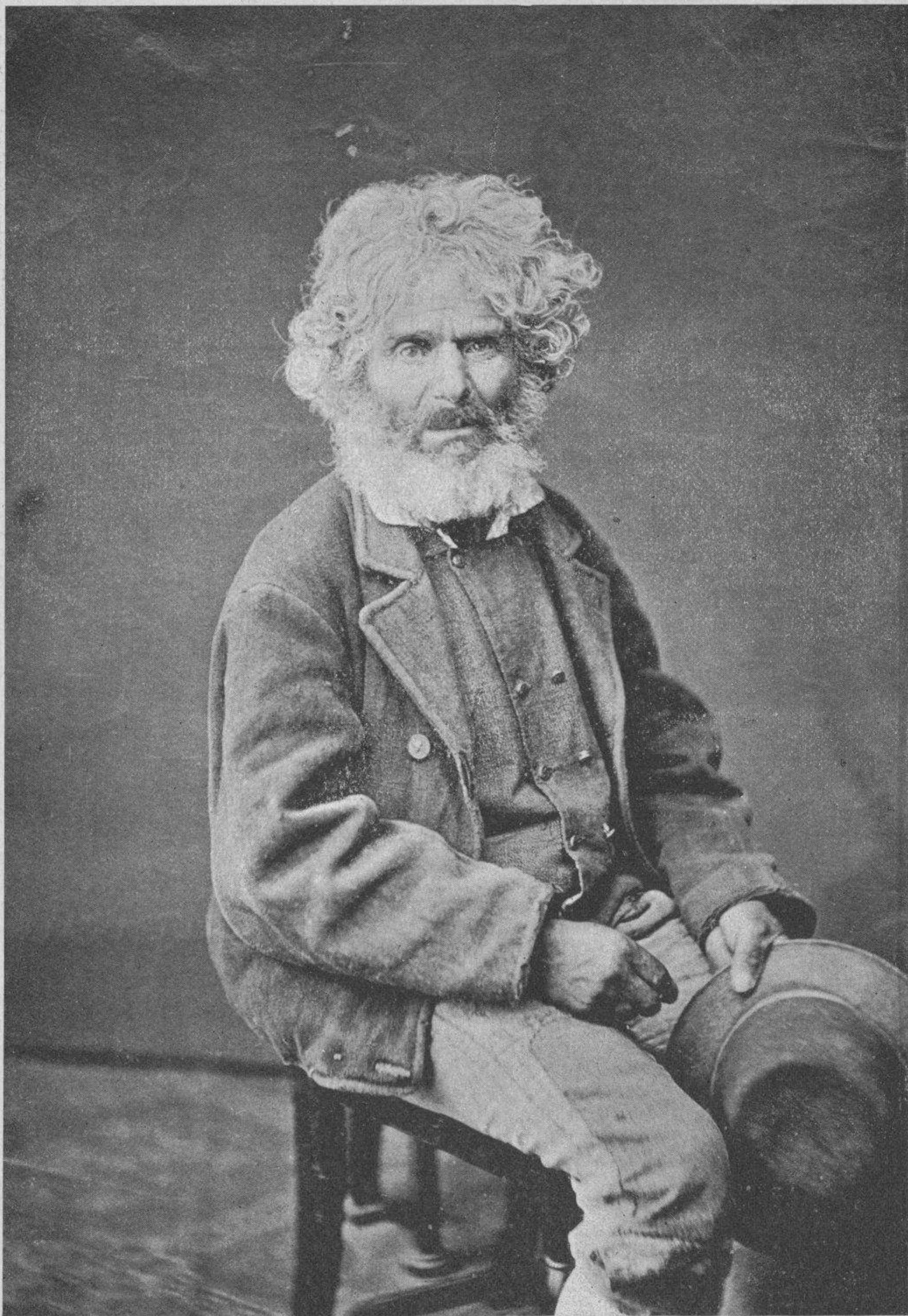
Despreciada de todos,
triste y medrosa,
la vergüenza ocultando
bajo las tocas,
encendidos los ojos,
muda la boca,
sin colonias al pelo
ni al cuello aljofar,
flor deshojada,
por la calle de Francos
va una villana.

Mucho airón en el fieltro,
muchas espuelas,
muchas puntas de Flandes
en la gorguera,
logrando su apostura
que por él sientan
envidia los galanes,
amor las hembras,
ya sin mirarla,
un hidalgo se cruza
con la villana.

Y cuentan que hubo alguno
que desde lejos
viendo á la pobre niña
y al caballero,
se preguntó á sí mismo,
lanzando á un tiempo
una sonrisa amarga
y un juramento:
«Diga el que quiera
cual es la villanía,
cuál la nobleza.»

ANGEL R. CHAVES.

JULIO DE CARPENEDO



Tipo romano

De raza

«Los señores» dominaban en el valle por tácito consentimiento de los campesinos; «Mamá Carolina» era una especie de dama feudal, prestigiosa, adorable, traviesa. Llevábanle las primicias del ópimo fruto; le presentaban el recién nacido, y nadie era osado á contraer matrimonio sin su correspondiente autorización; intervenía en todo, por cosa trivial que fuese, y era árbitro inapelable en cuantas diferencias se suscitaban. Ejercía, en suma, esa autoridad dulce de las almas nobles y viriles, que triunfan sugestivamente, por virtud de su riqueza afectuosa. «El señorito» apático, cejijunto, tétrico, aparecía á los ojos de los lugareños como una sombra triste; esquivaban hablarle, porque era seco, muy seco de palabra. Veíasele en las solemnidades de la aldea ofreciendo el brazo á «Mamá Carolina», los domingos en misa mayor, cerca del coro, y algunas mañanas persiguiendo liebres por las lejanías montañosas. No, no hacían con él lo que con «mamá». A ésta se le acercaba todo el mundo con dulzura y con cariño; cuando «el señorito» iba solo, limitábanse á descubrir respetuosamente la cabeza, y se alejaban á más andar. «¡Si no fuera por mamá!»—decían algunos rezando la frase.

Y efectivamente, se explicaba la antipatía de los del terruño, porque «el señorito» había repudiado, puede decirse, sin causa ostensible, sin fundamento de ley, á su esposa «la de Roche».

«La de Roche» tenía los ojos muy negros, la tez morena, suave, delicada; era un tipo árabe, más que arabe, semita, en la que la naturaleza prodigara lo delicado en las líneas, la brillantez en las curvas, la exuberancia de vida en la juventud. Bella, con esa hermosura fastuosa de las mujeres orientales; gallarda, con esa gallardía de la española que se ha bebido todo el azul de nuestro cielo meridional, reunía todas las cualidades físicas apetecibles para un hombre que, como «el señorito», parecía más griego que andaluz. «El señorito» era un salvaje con haberla desdeñado, como decían los lugareños. Y era que los lugareños la adoraban, por su caridad inagotable, por su prurito de hacer bien, por su carácter bondadoso y tierno, y por la alegría que le retozaba siempre en el cuerpo. Se la tropezaban muchas veces en el campo, saltando quebrajas y riscos, pero era seguro que nadie huía de su presencia. «Mamá Carolina» era buena, ¡pero la de Roche! No, no; «Mamá Carolina» tenía la bolsa abierta cuando iban á llorarle lástimas, pero «la forastera», como comunmente la nombraban, hacía mucho más; buscaba á los infelices; se la encontraba siempre donde había lágrimas que enjugar; «ningún menesteroso tuvo que pasar la vergüenza de pedirle».

Y es el caso, que en aquel valle no existía uno que no estuviera persuadido de que á «la de Roche» debían toda su felicidad, toda. «Los señores» no habían visitado nunca su valle, á no ser por el casamiento del señorito: y en cuanto «los señores» se establecieron allí, cambió totalmente la precaria situación de los lugareños. Antes, al frente de la hacienda, había un administrador, que era hombre avieso, «de hígado malo». Apremiaba, hostigaba á los colonos; los entrampaba, les sumía en la miseria; ahora el valle era una balsa de aceite. Y lo chusco es que se culpaba á «los señores» por todas las malas artes del administrador, de guisa, que en cuanto ellos se presentaron á «Mamá Carolina», llamósela «la vieja de la cofia», por burla, por instinto de zaherir, por espíritu de venganza. A poco se vió el engaño: «la vieja de la cofia», mujer cincuentona, un poco apergaminada, de rostro simpático, que descubría apagada belleza, aparentemente burlona, y por tanto jovial, no exigía sacrificios, dejaba en holgura á los perdidosos para satisfacer sus deudas; y como diese el mal tiempo en azotar las cosechas, no sólo rebajó el tipo de arriendo, sino que acudió con socorros á los perjudicados. Al primero que se le presentó contándole lástimas, le dijo:

— Bueno, bueno, no me llóres más; ya pagaréis el año que viene; toma veinte duros para ir trabajando; pero te advierto que si eres un haragán, no tendré compasión de tí.

Se supo en el valle, y ya no se volvió á llamar á «Mamá Carolina» «la vieja de la cofia».

En el valle, en la aldea, sabíase que «los señores» acudían por primera vez, acaso la única, á pasar una temporada; y que la visita debíase á que «el señorito» escogió sus posesiones para pasar la luna de miel, para el viaje de novios; pero nadie se explicaba por qué al día siguiente «la de Roche» dejó la casa solariega, y fué á habitar una quinta próxima y menos por qué no mediaba trato alguno con la madre y el hijo.

«Mamá Carolina» lo ignoraba también; era un secreto que «el señorito» guardaba escrupulosamente.

— ¿No es digna de tí?—preguntaba la madre—¿su rango es inferior á nuestra cuna?

— No,—respondía él amargamente.—No hay otra mujer más honrada, ni más buena, ni más hermosa.

— ¿No la amas?



Creo que vendrá, porque como le he dicho que soy viuda...

— ¡Oh, madre mía!... con locura.

Y contestaba siempre con evasivas, porque si era verdad que su secreto le envenenaba la sangre y le mataba lentamente, no quería que nadie execrase á aquel ídolo de su alma. «Mamá Carolina», hizo cuanto pudo para conocer la verdad, y por reunir al matrimonio, no consumado tal vez, pensaba, y de ahí venía su prolongada estancia en el valle, porque se le antojaba que su hijo se aburría pronto de la soledad. No intentó ver á «la de Roche». El lo había prohibido, con amenaza dura y en términos que hacían temblar á la pobre vieja. ¡Conocía bien á su hijo, vaya si le conocía!

Una tarde,—tanto desmejoraba en salud «el señorito», que ya no iba de caza al monte, ni salía como no fuese para acompañar á «Mamá Carolina» á la iglesia,—se empeñó «la vieja de la cofia» en descubrir el misterio. Y fuese por la maña que se dió, fuese por que él sintiera necesidad de explayarse, habló así:

— Escucha. Yo me casé con «la de Roche» enamorado, muy enamorado. Concertamos este viaje, y ya sabes que desde la iglesia nos vinimos aquí. Aquí fué, por tanto, nuestra noche de novios. ¡Pero qué noche, madre mía! Nos habíamos quedado solos. A mí me abrasaba la sangre. No sentía afán de besar, no; sentía delirio de morder. ¿A qué contarte mis transportes de cariño? Cuando le prodigaba mi ternura, en frases, en besos, en todo, ella grave, muy grave, me dijo:

— Escucha, Manuel; he de revelarte un secreto.

— No, no, mañana, otro día;—le respondí—te quiero tanto, eres tan hermosa, y tan buena, que en tí no puede haber mancha.

— La hay; yo no puedo callar más mi sacrilegio. Hasta ahora he tenido valor, pero ya me falta; en lo sucesivo no podré fingir, ni quiero. Tú eres católico intransigente; tendría que seguirte á tí en tus prácticas religiosas, y he transigido por un momento, pero no más, no más. Perdóname, porque te amo mucho, mucho. Si tú quieres, aún seremos felices; pactemos: yo respetaré tus creencias; respeta tú las mías.

«Mamá Carolina» escuchaba con atención, sin respirar casi. «Aquello era grave, muy grave»; punto de doctrina, de ortodoxia, y «los señores», pertenecían á la raza que lo perpetúa todo; la nobleza hereditaria, la religiosidad, el fanatismo.

— ¿Y tú le digiste?...

— Yo le dije: ¿eres protestante? No importa.

La vieja arrugó el ceño.

— No importa, no. Separemos los cuerpos, sin escándalo, hasta que por mis palabras, por mis ruegos, por mis lágrimas, te convierta á la verdadera fe. ¿Dudas? ¿La filosofía atea te ha envenenado el pensamiento? Pobre niña, yo destruiré los fantasmas de tu espíritu. ¡Oh! y ella, madre, movía su hermosa cabeza entre mis manos, y contestaba, «no, no; ni yo podré atraerte á mi religión, ni tú á la mía, pero aprende de mí, que he prescindido de todo, hasta del odio de raza, por ser tuya».

— ¿Pues que eres tú?

— Y ella... contestó...—saltó «Mamá Carolina», impaciente, febrosa.

— Contestó: «soy judía».

«Mamá Carolina» nada repuso; pero en sus ojos azorados, en su faz lívida y descompuesta, en el aplanamiento del señorito, en la beatitud de la estancia y en la solemnidad del silencio... estaba vivo el espíritu medroso, asustadizo, amamantado en el odio de luengos siglos, que mataba implacable la felicidad de aquellos seres...

J. FERNANDEZ LUJÁN.

Expiaciones

CARTA Á C.

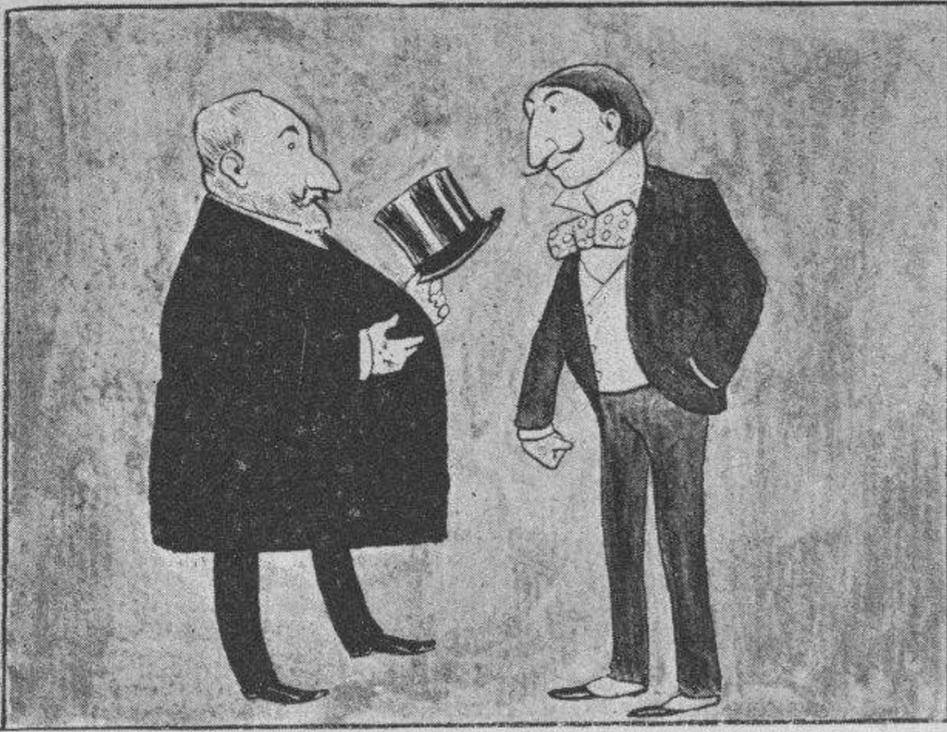
Indómitas altiveces
y enterezas de mi genio,
que son con todos mi orgullo
y que contigo lamento,
me llegaron á dictar
dichos de que me avergüenzo,
origen de tus agravios,
raíz de dudas de un momento,
motivo de tus enojos,
y causa de mis tormentos.

Bien sé, que tú, que no puedes
alimentar en el pecho,
contra mí, largos enconos
ni rencores duraderos,
disculpando mis ofensas,

y generosa en extremo,
olvidaste las palabras
y disculpaste los yerros.

Mas yo, que ya arrepentido
medito mi crimen, veo,
que ni el indulto he ganado
ni tu compasión merezco;
y, aunque estimo la merced
de tu perdón, no la acepto,
y no borraré el delito
si no le purgo primero.

Hoy yo, para condenarme,
siendo juez y parte á un tiempo,
he formado el tribunal
y he sentenciado el proceso.



—Sí, señor; es necesario que pase usted tres meses en el campo, para descansar del bullicio de la ciudad; ¡para hacer buena vida!



Por la mañana, en la playa



Por la tarde, en el Casino



Por la noche, en... Babia

En atención al delito cometido, y con arreglo á un código criminal entre yo y el Amor hecho, me condeno: á vivir siempre en la carcel de tu cuerpo, siendo tu amor la cadena, grillos y esposas los besos, centinelas tus pestañas y tus ojos carceleros.

Ya verás con qué placer mi dulce cadena llevo, como no cojo amnistías y la libertad desprecio.

Seguro estoy de que nunca querré salir de mi encierro, ni jamás me cansará de los grilletes el peso.

Mas, si lo que no es posible, un día, obcecado y necio, desato mis ligaduras y mi alegre cárcel dejo, ¡por piedad! no me abandones, persígueme con empeño, acósame en mis guaridas y hazme otra vez prisionero.

Quando me hayas capturado, sin oír súplicas ni ruegos, para juzgar mi delito, me sometes á un proceso, y tú, haciéndote fiscal inexorable y severo, firmas mi pena de muerte, que es la pena que merezco.

Haces firme la sentencia, como Tribunal Supremo, y me señalas el día que debe ser mi postrero.

Y cuando llegue mi hora, fatal y dichosa á un tiempo, ejerciendo de verdugo me echas tus brazos al cuello, me ciñes, mientras me besas, en un círculo de hierro, y aprietas hasta que espire, diciendo tu nombre, el reo.

No tengas debilidades y ejecútame sin miedo; verás como te bendigo y verás qué alegre muero, si son argolla tus brazos y es patíbulo tu seno.

MIGUEL TOLEDANO.



Según observaciones meteorológicas que tenemos por ciertas, sufrimos en Barcelona estos días unos treinta grados (milésima más ó menos) de calor, más que en las calderas de *Pero Botero*.

Con este motivo, la gente acude á millares á sumergirse en las azules ondas, llenando los balnearios de la playa.

Y, efecto del calor, de la aglomeración de gente, y de otras cosas relacionadas con la policía, en cuanto uno se descuida...

¡Nada! ¡Se le liquida el reló!



No pasa día sin que los sabios esos que se entretienen en enterarnos de cosas que á la mayoría de los mortales nada nos importan, no arranquen algún nuevo secreto á la antigüedad, *desyemándose* los dedos á fuerza de descifrar inscripciones jeroglíficas.

Ahora hemos sabido, como noticia de verano, que los egipcios usaban á todo pasto el agua *frappé*, la cerveza, y los *mantecados de chufa*.

De modo que á los que crean en este nuevo descubrimiento ya no les falta saber más que una cosa:

Si también comulgaban con ruedas de molino.



Fiense ustedes de los camareros, y sobre todo, de los camareros londoneses.

En la City, según la prensa diaria, se enamoró, días atrás, un camarero, de una bella, concurrente asidua á sus mesas.

La servía con la mayor amabilidad, le ponía *gotitas* de los mejores licores, le daba gratis los más succulentos *bisteques*, y ella, ¡qué si quieres! un témpano de hielo.

Desesperado el hombre, por fin, pensó en el placer de los dioses, y ¿qué les parece á ustedes que le dió?

¡Cincuenta gotas de ácido prúsico, disueltas en una copa de coñac!

A pesar de lo cual, ¡oh, prodigio de la prensa diaria! la joven continúa sin la menor novedad, gracias á su potente estómago.

La noticia no tiene patente de invención, pero eso de querer hacer creer que, por potente que sea un estómago, puede resistir cincuenta gotas de ácido prúsico, bien la merece.

¡A su potente estómago! Al estómago de ustedes, debían ustedes decir:



En Cuba, un aguador que ha fallecido casi recientemente, según dice la prensa que he leído,

—y la prensa no miente,—
ha dejado á sus pobres herederos
tontos y patitiesos,
y hasta les ha dejado... ¡caballeros!
¡medio millón de pesos!
Y hace poco que allí, también, por cierto,
de lo mismo, lo mismo que él ha muerto,
murió otro, que dejó precisamente
otro medio millón exactamente.

*Si es que quieres ser rico, buen Macario,
hazte en Cubaaguador y... millonario.*

GRANADA. — Al que compre este periódico en la «Enciclopedia» (Zacatín, 115), se le regala el semanario «SIGLO XX».

Correspondencia

- F. L. C.—Madrid.—Se publicarán casi todos.
J. M. L.—Madrid.—¡Y, por Dios, no manden ustedes sellitos para que se les conteste!
J. V.—Zaragoza.—Todavía le falta algo:
lo que le falta á una galga para llegar á ser galgo.
E. C.—Valencia.—Pues, mire usted: esas cosas hace ocho ó diez años le gustaban todavía á las señoritas. Ahora ya no les gusta ni á ellas. Con que...
E. de C.—Reus.—Peor que lo de usted, creo que no cabe ya nada más.
A. C.—Madrid.—¡Ay! Retiro eso de atrás.
Sí que cabe: ¡lo de usté!
Señores A. G., *Bolitas*, E. de M. y *Pampánico* (Madrid).—A. de la R., *Pepino el Tonto*, D. de P. y *Mauregato* (Barcelona).—No son publicables. Y ustedes dispensen que no les diga por qué.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

—* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . .	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . .	17 »

Número corriente, 20 céntimos
Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona